

presidente de la Sociedad mexicana de Geografía y Estadística; individuo de número de la Real Academia de la historia; presidente de la Junta directiva del Museo y del Jardín botánico; presidente del Conservatorio de Artes; miembro de la junta de instrucción pública; presidente de las Escuelas normales; consejero de la Academia de San Carlos; miembro de la comisión permanente de Exposiciones de la Industria, y acaso algún otro que no recordamos.

Llamado á suceder en el condado de la Cortina en 1848, volvió á tomar la nacionalidad española de acuerdo con ambos gobiernos, recibiendo de ellos condecoraciones honoríficas y señaladas muestras de estimación. En 1852 obtuvo el título de caballero Gran Cruz de la Real y distinguida Orden Española de Carlos III; con facultad de hacer uso de las insignias sin necesidad de las ceremonias previas que tenían lugar en la corte. En 1854 el gobierno español le brindó con la legación de ese país en el Brasil, con el carácter de ministro plenipotenciario. En Diciembre del mismo año, el presidente de la República mexicana le concedió la Gran Cruz de la nacional y distinguida Orden de Guadalupe.

Espléndido por educación y por natural instinto, Gómez de la Cortina, hizo donaciones y regalos que no deben callarse en un escrito consagrado á honrar su memoria. Señalaremos algunas:

1ª A la reina Isabel II regaló una esquisita colección de muestras minerales de México, notable por lo raro y costoso de los ejemplares.

2ª A la Real Academia de la Historia de Madrid, regaló en 1842, un manuscrito del abate Masdeu, intitulado: "Colección anticuaria de la España Romana."

3ª A la Armería Real de Madrid, la espada de Bernal Díaz del Castillo, y el casco y la espada de Cristóbal de Olid.

4ª Al Museo de la misma corte una colección de ejemplares volcánicos de México, y otra de cristales en hidros de cuarzo.

5ª Para perpetuar la memoria del reconocimiento de la Independencia de México por España, hizo grabar una hermosa

medalla, remitiendo la primera prueba á Madrid, y regalando los troqueles á la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

6ª Al Museo Nacional de México, un monetario riquísimo.

7ª Al Colegio de San Gregorio, una rica colección de modelos de dibujo en número de cinco mil.

8ª A la Escuela de Agricultura, una brillante colección de ejemplares minerales y de mármoles de la República, que es seguramente una de las más abundantes y curiosas que se hayan podido formar. Además, á la Sociedad de Geografía y Estadística, al Ateneo y á cuantas corporaciones perteneció, hizo obsequios frecuentes y de incuestionable valor.

Después de la sencilla exposición que hemos hecho de los méritos de Gómez de la Cortina, como sabio, como diplomático, y como ciudadano útil á su patria, en todos sentidos, creemos que no es preciso fatigar al lector con las observaciones que de este trabajo se desprenden, y que la inteligencia más limitada puede hacer. Terminaremos diciendo que México perdió á este hombre extraordinario, el día 6 de Enero de 1860.

CRUZ, Valerio de la.

El capitán general de los Chichimecas, Juan Bautista Valerio de la Cruz, nació en Texcoco por el año de 1517; era descendiente del poeta rey Netzalhualcoyotl, y se llamaba en su infancia Xicalchalchilmitl. Después de la ocupación de México por los españoles, fué bautizado y se le impuso el nombre que hoy le damos, siendo su padrino el procurador mayor de la ciudad, D. Bernardino de Santa Clara. En 1527 comenzó á servir en las milicias reales y en 1529 ascendió á alférez de la guardia real de lanza y adarga, cuyo empleo disfrutó durante dos años, des-

pues de los cuales se retiró á Texcoco y se ocupó en el cultivo de las tierras que poseía. En 1534 volvió á tomar las armas, saliendo para Jilotepec al mando de ochenta arcabuceros españoles y cuatrocientos indios flecheros á conquistar dicha ciudad. Llegado que hubo á ella, recibió orden del virey D. Antonio de Mendoza para levantar gente de guerra y marchar á conquistar Tula, Tepetlan, San Juan del Rio, San Miguel el Grande, Villa de San Felipe y demas pueblos así llamados hoy, que invadian, ó por mejor decir, habitaban los chichimecas.

Al irse para el Perú el virey Mendoza en 1550, nombró á Valerio de la Cruz cacique y señor de las tierras que fuese conquistando. Cuáles hubiesen sido los servicios que á la corona prestó el indio conquistador, fácil es suponer, cuando se sabe que el virey D. Luis de Velasco primero, escribió al príncipe D. Felipe, hijo del emperador Carlos V, una carta larguísima, refiriendo y encomiando los hechos del soldado tezcucano, y participándole que en Mayo del año de 1559 le habia nombrado capitán general de los chichimecas. La contestacion fué una real cédula del monarca, en la que, con fecha 30 de Octubre de 1559, le concedia á Valerio de la Cruz el uso de escudo de armas que como descendiente de los reyes de Texcoco le era debido, la aprobacion del nombramiento de Capitan General de los chichimecas, y, como premio á su valor y constancia en la guerra, la cruz y hábito de la nobilísima orden de Santiago.

Valerio de la Cruz donó á los franciscanos la iglesia y convento de Tula, en memoria de los sacrificios que los de su orden habian hecho en favor de los naturales. Tambien se le debe la construccion del puente de aquella poblacion.

Instruido Carlos V de todos estos servicios, quiso dar una nueva prueba de consideracion al tezcucano, y expidió en Barcelona, el día 30 de Agosto de 1550, una real cédula, por medio de la cual le concedia el uso de otro escudo de armas que su familia usara ántes de la conquista, y que, segun el padre Vega, en sus "Memorias piadosas de la nacion indiana," constaba de dos partes: en una un nopal en que descansaba un águila coronada, y en la otra una casa fuerte con víbora encima; y su

majestad le añadió en medio la venera y cruz de Santiago, rodeadas de esta inscripcion: *Sodatas regia magna operata tua.*

Continuó Valerio de la Cruz prestando grandes é importantes servicios en las milicias reales, hasta 1572 en que falleció en México.

Fué sepultado, con grande pompa y solemnidad, en el convento de Santiago Tlaltelolco, que ántes habia designado al efecto. Más de un siglo habia trascurrido despues de la muerte de Valerio de la Cruz, cuando otro indio ilustre, tezcucano tambien, el Sr. D. Francisco Isla, escribió una erudita relacion en mexicano, de la vida, conquistas, fundaciones y hechos de armas de su compatriota, con el título de "El capitán general de los chichimecas, caballero de la real y nobilísima orden de Santiago, cacique y principal, D. Juan Bautista Valerio de la Cruz."

Creemos curioso reproducir aquí el documento oficial en que se nombró al indio tezcucano Capitan General de los chichimecas.

Dice así:

D. Luis de Velasco, Virey y Capitan General de esta Nueva España y Presidente de la Real Audiencia que en ella reside, por el presente, en nombre de su S. M., nombro por Capitan General de los chichimecas á D. Juan Bautista Valerio de la Cruz, cacique y principal de la provincia de Jilotepec, y como tal gran capitán, usareis de las armas que dicho oficio requiere, así ofensivas como defensivas, que se os permiten atendiendo al provecho espiritual de las almas que se pierden, de los bárbaros chichimecas.

"Y como tan gran capitán, yo os mando que os armeis de punta en blanco, para distingueros de los demas indios, que os encargo, de arco y flecha, amigo de la fé católica y de su majestad; y como tal, con vara de capitán de guerra, lo sereis general en los pueblos de San Miguel el Grande, San Felipe, Rio Verde, Nueva Galicia, villa de Celaya y valle de Huichapam y demas pueblos de sus alindes donde vengan los bárbaros, á quienes acometereis como á enemigos de la tierra; y como tal real Capitan General de las tres provincias, usaréis de todos los

instrumentos de guerra, capa, clarin y pífanos, señal de derramamiento de sangre, sin ceder ni pasar en manera alguna sino condenando á muerte, horca, desmembramiento de huesos, al que así no os obedeciere y no tuviere respeto como tal su capitán, y no guardaren la órden que os remito con este nombramiento de que ya informado de todos los que acudieren con vuestra nobilísima persona para que tengan atención á vuestros méritos y os honren como vos lo mereceis; y de ninguna manera pagueis ni hagais entero, so pena de mi merced; sin que persona alguna os ponga impedimento alguno; y para mayor cumplimiento no consentireis que ninguno se arme de punta en blanco, reservado á vos solo; y sobre el pecho, delante de la mano siniestra del corazón, os mando os pongais sobre dichas armas y el acero, una águila de oro que se requiere para la señal de mayor, pendiendo para la parte sobredicha del pecho, que demuestra vuestra nobleza, y que os tengan en conocimiento de verdadero caballero y principal, uno de los primeros que habrá en esos chichimecas,

“Hecho en México, en 12 de Mayo de 1559 años.—*D. Luis de Velasco*—Por mandato de su Excelencia, *Eustaquio Estea*.”

No faltará, sin duda, lector que despues de saber en qué empleó su vida Valerio de la Cruz y cuáles fueron las distinciones que los dominadores de su patria le prodigaron, tache al tezcucano de traidor, pues quien tal valor poseia bien pudo emplearlo en defensa de su país poniéndose al lado de los indomables chichimecas en vez de ir á ellos en son de conquista. Empero ántes de lanzar cargo tan grave á la memoria del esforzado capitán indígena, deben hacer ciertas consideraciones indispensables para juzgarle, no segun los dictados del patriotismo únicamente, sino conforme á un criterio filosófico y desapasionado. Los aztecas, de cuya raza era Valerio de la Cruz, eran conquistadores por naturaleza; eran supersticiosos y fanáticos, y no tenían idea alguna elevada acerca de la libertad ajena. Procuraban dominar á sus enemigos, exterminarlos muchas veces para extender ellos su imperio, llevando por donde quiera sus armas vencedoras.

Así, Valerio de la Cruz obedecía á los instintos de su raza y á los mandatos de su nueva religion; ¿qué extraño, pues, que aquel su génio marcial le hubiese puesto al servicio de los dominadores de México?

CRUZ, Juana Inés de la.

La ilustre poetisa que mereció en su siglo el sobrenombre de “Décima musa,” nació en el pueblo de San Miguel Nepantla el día 12 de Noviembre de 1651, siendo sus padres D. Pedro Manuel de Azbaje y D^a Isabel Ramirez de Cantillana, que poseian bastantes bienes de fortuna y distinguida posicion social.

Desde muy niña comenzó á dar pruebas, que se pueden llamar maravillosas, de su talento. Ella misma, hablando con candor y con verdad de su niñez, dice:

“No habia cumplido los tres años de mi edad, cuando enviando mi madre á una hermana mia mayor que yo á que se enseñase á leer en una de las que se llaman “Amigas,” me llevó á mí tras ella el cariño y la travesura, y viendo que la daban leccion, me encendí yo de tal manera en el deseo de saber leer, que engañando á mi parecer á la maestra, la dije: “Que mi madre la ordenaba me diese leccion.” Ella no lo creyó, porque no era creible; pero por complacer al donaire me la dió. Proseguí yo en ir y ella prosiguió en enseñarme, ya no de burlas, porque la desengañó la experiencia, y supe leer en tan breve tiempo, que ya sabia cuando lo supo mi madre, á quien la maestra lo ocultó por darle el gusto por entero y recibir el galardón por junto; yo lo callé creyendo que me azotarian por haberlo hecho sin órden.”

Era tal su vocacion por el estudio, que llegó á proponer á su familia que le permitiese usar el disfraz de hombre para poder ir á estudiar en la universidad de México la instruccion que deseaba.

ba, y se privaba de comer aquellas golosinas á que el vulgo atribuye propiedades nocivas á la inteligencia. Contaba ocho ó nueve años cuando fué traída á México, y aquí un bachiller llamado Martin de Olivas, le dió unas veinte lecciones del idioma latino, que despues llegó á poseer con perfeccion.

Admirables fueron sus progresos literarios, y en breve su fama se extendió por todo el reino, de tal modo, que fué nombrada dama de honor de la vireina. En México existia entónces un remedo de la corte galante de Felipe IV, y fácil es comprender que la poetisa mexicana fué objeto de las lisonjas cortesanas, pues era jóven, hermosa y de privilegiada inteligencia.

El virey, para probar el grado de saber de aquella jóven, llamó á los hombres más doctos, á fin de que la examinasen en las materias más raras y difíciles, y á todos dejó admirados por su sabiduría y la prontitud de sus respuestas, lo que sirvió para levantar á más alto grado el pedestal de su fama. Se ignora si alguna pasion desconocida, ó esa tristeza vaga sin nombre en la vida; si esa falta de teatro en que hacer brillar sus dotes; si ese aislamiento y divergencia entre una sociedad que veia al mundo al traves del lente mezquino y prosaico del materialismo, miéntras ella coloraba los objetos con el prisma brillante del corazon, de la imaginacion y de la poesía, haciéndola vivir sola entre todos, escuchada, pero no comprendida, vista, pero no amada; si algunas de estas cosas influyó, ó todas, como pudiera adivinarse del espíritu de sus versos, para buscar un refugio en el silencio del claustro: es el caso cierto que entró en el convento de religiosas de San José (despues Santa Teresa la Antigua) en donde la austeridad de la regla y la severidad con que la guardaba, quebrantaron su salud de tal modo, que por orden de los médicos pasó al convento de monjas de San Gerónimo, en donde recibió la toca y el velo.

Allí se entregaba todavía, sin desatender las prácticas más mínimas de su regla y sus devociones, al cultivo de la poesía, al estudio de las ciencias profanas y sagradas, y manteniendola activa correspondencia con los hombres más distinguidos de aquellos tiempos, cuando recibió una carta del Obispo de Pu

bla, que lo era el Sr. Fernández de Santa Cruz, en que la exhortaba á que se privase de los estudios literarios y se entregase á una vida puramente contemplativa y á las prácticas del ascetismo más severo.

Esto dió por resultado que Sor Juana abandonase sus libros y los vendiese para distribuir su valor entre los pobres. Poco tiempo despues, una terrible epidemia asoló la ciudad de México, y nuestra poetisa, que se dedicó á asistir á sus compañeras, sucumbió tambien el día 17 de Abril de 1695. Y

Mucho se ha escrito acerca de Sor Juana. Cada escritor la ha juzgado segun sus particulares creencias religiosas y segun sus doctrinas literarias, y seria árdua tarea acopiar aquí los principales juicios pronunciados. El autor de esta biografía ha dicho en otro lugar acerca de las obras de la insigne poetisa, lo que sigue.

Sor Juana, de imaginacion ardiente; Sor Juana, que habia escuchado las galanterías cortesanas en los salones del palacio vireinal en que fué educada; Sor Juana, que habia atraído las miradas de la juventud, y que habia recibido como ofrenda á su belleza la admiracion y el amor, al huir á la soledad de un convento, debió comprender que tenia que entablar consigo misma una lucha de que tal vez no saldria vencedora. Y en efecto no salió. Al pronunciar los votos religiosos, que no se pueden romper sino por la muerte, renunciaba á la satisfaccion que produce la gloria literaria formada por los aplausos del mundo. Una monja, si ha de ser perfecta, segun las reglas de la Iglesia, tiene que concentrar su vida toda en el misticismo, en la oracion. ¿Acaso hizo esto Sor Juana? Para convencerse de lo contrario, basta hojear las obras que de la monja mexicana se conservan. En dos de las dramáticas, "Amor es laberinto" y "Los Empeños de una casa," hallamos argumentos del todo mundanos. La primera está sacada de la fábula griega de Ariadna y Teseo, segun la cual éste fué arrojado al laberinto de Creta por el rey Minos, padre de Ariadna, quien enamorada perdidamente de Teseo, le saca del laberinto y huye con él al mismo tiempo que Baco, príncipe de Tébas, y Lidoro, príncipe de Epiro, estan enamorados de Fedra. Baco cree que enamoran á su

amada, y Lidoro que á la suya. De aquí nacen, desfigurando la fábula griega, las complicaciones con que pretendió Sor Juana formar el nudo dramático de su obra, y encontramos que la monja se deleitaba en la lucha de las pasiones que conmueven el corazón humano, y vemos raptos, duelos y cuchilladas. En la que se intitula "Los empeños de una casa," no encontramos otra cosa más que una comedia de las que llamaban en España de capa y espada, es decir, de intriga, de amor y celos. Y debe notarse que en esta comedia Sor Juana se retrató en la protagonista. En sus escritos en prosa se revela más aún la tendencia de su espíritu á la libertad, pues en uno de ellos impugna Sor Juana un sermón del padre Vieyra, jesuita portugués, que era tenido por *grande orador entre los mayores*. A propósito de esa impugnación, dijo en otro lugar la misma Sor Juana, que la había escrito, porque su entendimiento era tan libre como el de aquel eclesiástico, puesto que ambos tenían un mismo origen. Figuran entre las poesías de la monja mexicana, unos *Ovillejos* en que intentó retratar, de una manera burlesca, á una de las bellezas más celebradas por los poetas de aquellos días. La naturalidad y travesura que se descubren en esa sátira, indican bien claramente que el ingenio de la poetisa la inclinaba más al género profano que al religioso.

Y qué no diremos de sus cantos eróticos, llenos de ternura y de pasión!

La que así cantaba, no era la monja para quien el mundo y sus afectos habían desaparecido tras los muros del convento; era la mujer apasionada y tierna, en la primavera de la vida, que sentía latir su corazón, y tenía que sofocar aquellos latidos; era una joven que anhelaba los goces de que se encontraba privada para siempre. Aquellas notas eran las quejas tristísimas del ave que llora su libertad perdida. El alma de Sor Juana había conocido la luz que es el amor, y se encontraba hundida en las tinieblas del claustro. Ni podía ser de otra manera. Antes de entrar al convento, habían sonado en el corazón de Sor Juana las palabras que dicta el amor; sus ojos se habían abrasado con la luz de otros ojos; su alma había soñado con otra alma. Y los

deberes religiosos, la conversacion con Dios por medio de la oración, la soledad de la celda, los cánticos sagrados, en vez de borrar los recuerdos que con Sor Juana habían traspasado los muros del monasterio de San José de México, tomaban mayores proporciones, se grababan más y más en el corazón de la poetisa. Pueden las mujeres vulgares, con esa versatilidad que se atribuye al sexo encantador, olvidar las dulzuras de un amor que fuera su dicha; pero la que posee dotes como las que brillaban en Sor Juana, conserva siempre, por oculto que esté, el recuerdo de una pasión que ha embellecido las horas de su vida. ¿Cómo suponer insensible á los halagos del amor á una joven de imaginación ardiente, que encontraba por donde quiera las flores que arrojaban á su paso los admiradores de su belleza? Imposible; Sor Juana, por más que así no conste en ninguno de los escritos de sus contemporáneos, fué víctima de ajenas sugestiones.

Goza sin temor del hado
El curso breve de tu edad lozana;
Que no podrá la muerte de mañana
Quitarte lo que hubieres hoy gozado.

¿Quereis una expresión más franca de las doctrinas epicuristas, que la que encierran estos versos? ¿No veis en ellos la contradicción más grande entre la vida de la monja y los sentimientos de su corazón? ¿Puede suponerse voluntario el sacrificio en la que así comprendía la brevedad de la vida y la necesidad de aprovechar sus instantes?

La poetisa mexicana no estaba poseída de esa tranquila resignación que necesitan las religiosas al comprender que han pronunciado votos irrevocables, tal vez en un momento de pasajera angustia, al sufrir una contrariedad, ó impresionadas por las terribles amenazas de un confesor; resignación sin la cual la existencia es el más horrible de los tormentos.

El gongorismo en que incurre Sor Juana en muchas de sus producciones literarias ha sido censurado más de una vez; pero nada hay tan fácil como sincerarla.

Nadie ignora que los escritores y poetas mexicanos, hasta no

hace mucho tiempo, no hicieren otra cosa más que seguir la huella de los escritores y poetas de España. Por eso con sobrada justicia se glorian los historiadores de la que fuera nuestra metrópoli, de contar como frutos de la literatura ibérica las obras de sor Juana y de Alarcon y Mendoza. No hay en los escritos que de ambos nos quedan nada que indique una tendencia á emanciparse de la península, ni aún literariamente hablando; nada que podamos señalar como los primeros esfuerzos del ingenio mexicano para la formación de una escuela literaria, propia, libre del yugo político y religioso impuesto desde los primeros días de la conquista, y que no acaba de sacudir nuestra patria, sino es ahora que ha pasado más de medio siglo de haberse consumado la independencia. Sor Juana siguió la extraviada senda de los escritores de su época, y por eso deslucen sus poesías los enmarañados conceptos, las voces altisonantes, los adornos postizos, las oscuridades del pensamiento, y todo ese cúmulo de defectos que encontramos en los imitadores de Góngora. Esta es la acusación más fuerte contra sor Juana; pero cuando Lope de Vega mismo, cuando Quevedo y otros que habían censurado los extravíos de Góngora y sus sectarios, llegaron á caer en el mismo error, ¿podremos extrañar que no se hubiese librado del general contagio la monja mexicana que carecía de elementos para adquirir otras ideas que no fuesen las que dominaban entonces? Si, como nos lo dice la historia, sor Juana fué el ingenio más notable, la persona más instruida de aquella época, ¿cómo podía corregir sus defectos, rodeada de personas vulgares?

CUAUHTEMOC.

Hé aquí una de las más hermosas figuras que sobresalen, como iluminadas por inextinguible luz, en las páginas de nuestra historia.

Modesta columna levantada en uno de los paseos de la ciu-

dad, recuerda al héroe mexicano: soberbio monumento, hoy en construcción, perpetuará su memoria.

Cuauhtemoc, undécimo y último emperador de México, debe haber nacido en 1495, pues al subir al trono en 1520 por muerte de su tío Chuitlahuac, contaba unos veinte y cinco años. Era hijo de Ahuiztoll, y estaba casado con una de las hijas de Moctezuma. Bernal Diaz que le conoció, dice que era "bien gentil hombre para ser indio, y muy esforzado," y que se "hizo temer de tal manera, que todos los suyos temblaban de él." Al subir al trono no podía ser más angustiosa la suerte de la patria. "Desmoronábase el imperio por la traición de sus hijos y la espada del conquistador, dice Orozco y Berra; subir entonces á rey no era para gozar las lisonjas de palacio, sino para arrostrar los peligros del campamento; bajo el manto real se cobijaba la destrucción y la muerte. El joven patricio, amante del combate, aborrecedor de los conquistadores, sabía su destino al aceptar el mando. Fué el primero que se rebeló contra el embrutecido Moctezuma; el primero que alzó la voz y la mano para escarnecer y herir al mal ciudadano; identificó su suerte con la de la patria, resuelto á pelear hasta el último trance. La peste diez-maba la ciudad, arrancándole sus mejores ornamentos; no importaba, los vivos sabrían seguir el ejemplo de los muertos."

Cortés repuesto en Tlaxcala del descalabro que sufrió la *noche triste* de la salida de México, hechas varias conquistas importantes, resolvió venir á poner cerco á la gran Tenochtitlan, con fuerzas que ascendían ya á cerca de trescientos mil hombres.

El joven emperador de México hacía por su parte esfuerzos sobrehumanos por preparar la defensa de la capital. Más de cien páginas consagra el ilustre historiador á quien acabamos de citar, al período del reinado de Cuauhtemoc, período en el que se admiran los prodigios de energía, de actividad, y para decirlo de una vez, de sublime heroísmo desplegados por el guerrero azteca. Imposible condensar en una biografía los hechos de Cuauhtemoc, de ese personaje que por sus prendas y por su muerte lastimosa no tiene rival en las páginas de la historia mexicana.